CANTO DECIMO.

PLACER Y GLORIA.

El prado apenas sus pisadas siente!
Solo le falta el presuroso vuelo,
Para que cielo y tierra juntamente
Angel la crean tutelar del cielo.
Mas ¿por qué se sonroja el inocente
Pudor? ¿por qué la cubre con su velo?
¡Triunfa, milagro del Poder Divino!
Rendir y embelesar es tu destino.

M. Agustin Principe.

CANTO DECIMO.

PLACER Y TEMOR.

—¡Hijo del hombre! vivir
Es lo mismo que llorar.
—Sacadme de este lugar
Donde lloran al reir.

J. Arolas.

Marchó Ruben cuando escuchó á María,
De Sara en bsscа en el mayor contento,
Y esclamó al verla con sentido acento:
"Dios escuchó mis ruegos, madre mia.

Vuestra hija tierna como el dulce ambiente,
Vida del ave y de la flor tesoro,
El ángel puro que constante adoro
En ser mi esposa, por mi bien, consiente.

Con dulce labio y celestial ternura
La nueva grata me la dió ella misma,
Nueva que ansiaba, y que mi pecho abisma
En un mundo de amor y de ventura:

Con la fé pura que se anida en su alma
Su blanca mano me alargó clemente:
¿Toda la dicha comprendeis que siente
Quien siempre triste se encontró y sin calma?

¡Ser el esposo de la fiel María!....
De la que fué sobre los cielos santa!....
¡Ay! á delicia y á ventura tanta
No puede resistir el alma mia.

La Reina excelsa del fulgente cielo
Cuando sonríe á nuestro ruego ardiente,
Parecia la vírgen inocente
Al inundarme de eternal consuelo.

Y soy yo, indigno de su fiel ternura,
Al que ella elije, y á quien busca y ama....
¡Yo el feliz hombre sobre el cual derrama
La no esperada y celestial ventura!....

A cada instante repetir deseo
La fiel promesa que escuchó mi oído,
Porque en mi dicha y mi placer cumplido
Apénas, madre cariñosa, creo.

No sé por qué; pero el temor me hiela
En el colmo mayor de mi ventura,
Y el alma herida de fatal tristura
El bien mirando, de su bien recela.

¡Oh madre mia! ¡El Hacedor del cielo
Por mucho tiempo la tendrá en el mundo?....
¿O acaso pronto, por mi mal profundo,
Nos la arrebate del humilde suelo!....

No sé qué noto, que mi pecho altera,
En su mirada celestial radiante:
Parece al ver su angelical semblante
Que no es ya un sér de la mezquina tierra.

Que su alma habita en el alcázar santo:
Que el mundo entero y que mi amor le apenan:
Y....¿lo creereis?....aun de terror me llenan
Sus palabras de amor que estimo tanto.

Mientras de amor y de placer me hablaba,
Y yo dichoso me juzgaba en verla,
Una lúgubre voz, "*vas á perderla,*"
Constante en mis oídos resonada.

—Tus palabras, Ruben, me dan espanto:
¡Ay! esa misma voz que á tí te apena,
En mis oídos sin cesar resuena
Dejando el alma en eternal quebranto.

En medio la oigo de la noche umbría
Cuando el mundo de vida no da indicio;
En medio de la calma y del bullicio;
Cuando el sol muere y al nacer el dia.

Y siempre aquella voz "*vas á perderla,*"
A herirme viene con su rudo acento:
"*¡Vas á perderla!* me repite el viento,
Pues Dios pretende á su mansion volverla."

Y cuando veo á mi infeliz María
Alzar al cielo su sonrisa triste,
Y que en el mundo á su pesar existe,
Porque no encuentra en él paz ni alegría,

Estoy para esclamar, hija del alma,
Sola á dejarme por mi mal no vuelvas,
Y con tu mente en el dolor no envuelvas
A tu madre infeliz que está sin calma.

Pues ¡ay! parece mi Ruben amado,
Segun lo pena con que está en el suelo,
Que es un ángel de paz que busca el cielo
De donde el alto Sér le ha desterrado.

¡Ah! cómo hacer para que aprecie el mundo
Y no suspire por el cielo santo!—
Prorumpió Sara derramando llanto
Sin ocultar su padecer profundo,

En tí solo, Ruben, tengo esperanza....
¡Ah! cuando sea tu adorada esposa,
Haz porque llegue á ser tan venturosa
Cual la infeliz á comprender no alcanza

De tu alma fiel con el amor profundo
Hazla gozar tan sin igual consuelo,
Que olvide el bien del esplendente cielo
Por la alta dicha que le guarda el mundo.

CANTO UNDECIMO.

SUFRIR POR LA FE.

Miradle sonreir: ese delirio
Que el vulgo necio apellidó locura,
Sueño es de amor, de gloria y de ventura
Que templa su martirio.

MIGUEL A. PRINCIPE.

CANTO UNDECIMO.

SUFRIR POR LA FE.

¿Sabeis que en hermosura al sol vencia.
Y á par de la belleza en su semblante
La celestial virtud resplandecia?

MANUEL B. DE LOS HERREROS.

Dichoso de aquel sér de virtud alta
Que vé la pompa como cosa inútil,
Como escollo fatal que al hombre exalta,
Y que llega á pasar cual sombrá fútil:
Dichoso de aquel sér que al mundo falta
Para atender á Dios, padre el mas útil,
Y deja el fausto que al mortal seduce,
Por la humildad que al cielo nos conduce.

Dichoso el que el amor de Dios publica
Que nos salvó de la ínfera espelunca,
Y el alma siente de virtudes rica,
Y no se aparta del Eterno nunca:
Dichoso aquel que á la oracion se aplica,
Y por el mundo su deber no trunca,
Y á Dios le pide con acento flébil
Le fortalezca si en la fé está débil.

Dichoso aquel que despreciando el vicio,
En las cosas de fé nunca averigua,
Ni pone en tela de intrincado juicio
Lo que la Iglesia dúlcida atestigua:
Feliz quien de dudar jamas dió indicio,
Y respeta la ley nueva y antigua,
Y á Dios y á su Hijo con fervor ensalza,
Y al cielo santo el corazon fiel alza.

Cosa es del justo y del cristiano propia,
Fiel respetar lo que su Dios le encubre,
Y preferir por Dios la suma inópia,
A las riquezas que la tierra cubre:
El justo es del Señor la esacta copia
Que solo en la virtud su bien descubre,
Y ve en el fausto que los hombres piden,
Travas que al cielo caminar impiden.

El que de sí la vanidad destierra,
Busca al Eterno Sér, busca al Bien Sumo,
Pues son el oro y los diamantes tierra;
Tierra la plata; y los honores humo;
Tierra el vil cuerpo que nuestra alma encierra:
Tierra cuanto hay para el comun consumo:
La pompa mundanal dicha versátil;
El brillo y el favor polvo volátil.

Así Anastasia en su interior arguye
Que en Antioquía perseguida vive,
Y con su fé la irreligion destruye
Del que á Jesus abandonar prescribe:
Al católico en vano se le obstruye
El camino de Dios, do el bien percibe:
Pues en vez que el rigor sus pasos tuerza,
Su pecho enciende de divina fuerza.

Ya de Anastasia (la constante amiga
De María la hermosa al mundo vuelta)
La fé sabemos que su pecho abriga,
Fé porque se halla á perecer resuelta:
No hay quien á Dios con mas fervor le siga;
Y fiel cual nadie y como nadie esbelta,
Admiracion en Antioquía inspira
Al que su vida y su hermosura mira.

Desde que el santo de la humilde gruta
Le dió á María la existencia, al punto
Sigue Atanasia de Jesus la ruta
Siendo de amor y caridad trasunto:
Y al ver que el pueblo del Señor se enluta
En la Antioquía, de la hoguera junto,
Ella de Cristo la virtud publica,
Y sin temor su religion predica.

No hay quien su pecho al escucharla no abra
A la fé del Señor y se convierta:
Todos pendiente están de su palabra
Que el evangelio á demostrar acierta:
Ella la dicha de infinitos labra
Mostrándoles del cielo la ancha puerta;
Puerta que Dios con su pasion divina
Abrió al mortal que en la virtud camina.

Y en tanto que ella multitud de siervos
Para el Señor conquista en santa lucha,
En la calle la voz de los protervos
Que persiguen al fiel solo se escucha:
Cual vil bandada de feroces cuervos
Que se alimenta en carne y sangre mucha,
Así el feróz hereje en su delirio
Se ceva en sangre del que va al martirio.

Entre las almas que arrancó al infierno
La hermosa jóven de virtud intensa,
Está el hijo del rey que le ama tierno
Y que en salvar á los cristianos piensa:
Todos ignoran que del Ser Eterno
Ama la relijion por dicha inmensa;
Y que de unirse con la jóven trata
Que de Jesus la relijion dilata.

La prédica de Cristo en tanto cunde
Con la velocidad del ígneo rayo,
Y su santa doctrina se difunde
Dulce cual brisa del florido Mayo:
El déspota tirano se confunde
Al ver de sus secuaces el desmayo,
Y de Anastasia á recelar empieza,
De su virtud y de su fiel pureza.

Pronto del rey la maldecida corte
Como á enemiga de la paz la acusa;
Y movido del odio el vil resorte,
En entregarla al fuego no rehusa;
Mas el príncipe fiel de noble porte
Que mira que del rey la corte abusa,
Y que amaba á la jóven en secreto,
Contestó con amor y con respeto.

—Padre y mi rey, los que las leyes pisan
De la alta humanidad y al justo matan,
Sus deberes supremos no divisan,
Ni la justicia ni el honor acátan:
Mis verídicos lábios os avisan
Que los que de Jesus la fé dilatan,
En nada al reino ni á la paz ofenden,
Que antes el bien y la virtud estienden.

No deis oídos á la negra envidia
Que á los mortales del deber aleja:
No seduzca vuestra alma la perfidia
Del que por hacer mal del bien se queja:
El fiel cristiano contra vos no lidia
Aunque su santa relijion no deja,
No pongais, pues, á sus deberes travas,
Pues nunca las ideas son esclavas.

¿Y quién asegurar nos puede que obran
Los cristianos muy mal siguiendo á Cristo,
Y que razones á ellos no le sobran
Para odiar nuestra ley cual mal no visto?....
Ellos tal vez ante el Eterno cobran
Un nombre celestial, que en ello insisto,
Mientras nuestra alma que en servirle piensa,
Le hace terrible y singular ofensa."—

No bien la reflexion oyeron sábia
Del príncipe feliz que su fé oculta,
Cuando ardiendo en furor y en viva rabia
El iracundo rey á su hijo insulta:
Mas aunque en su virtud y honor le agravia,
Y un ódio general sobre él resulta,
El bondadoso y fiel príncipe calla,
Porque el deber filial su enojo acalla.

Y dejando al concurso estupefacto,
A Anastasia fué á ver al punto mismo,
Y la contó verídico en el acto
El que le preparaban hondo abismo;
Y el relato al oír triste y exacto
Del que abrazó por ella el cristianismo,
Sintió la jóven el placer mas alto,
Y contestó feliz sin sobresalto.

—Al fin la dicha el corazon consigue
Que tanto ambicionó cual bien ignoto:
Venga el déspota atroz que me persigue,
Que en el martirio mi ventura noto:
Nada teme el mortal que á Cristo sigue:
Mi lazo con el mundo está ya roto:
Mi sangre pague lo que á Dios le debo,
Que es de El mi alma que abatida llevo.

Tu vida acaso con mi voz amargo
Porque me amas Jacob con llama activa;
Mas mi viaje, mi bien, no será largo,
Porque en tu muerte el alcanzarme estriva;
Que no me llores por piedad te encargo
Cuando en el cielo esplendoroso viva,
Porque tu llanto en mi infeliz memoria,
Penar me haria en la suprema gloria.

—Anastasia, jamas: aun hay quien rompa
La cuchilla fatal del vil verdugo:
Dame tu mano, y dejaré la pompa
Que concederme al Hacedor le plugo:
Irémos do jamás suene la trompa
Del impío feroz; y como enjugo
El llanto amargo que á tus plantas vierto,
El tuyo enjugaré de amor cubierto.

Y esa de viles cortesanos tropa
Ante la cual tu religion sostuve,
No harán que apures del dolor la copa
Que yo llevado de mi fé detuve:
Tocar ninguno te podrá á la ropa,
Bella Anastasia, celestial querube;
Que ambos cruzando el insondable ponto,
En tierra amiga nos veremos pronto.

Por tí abracé la religion sublime
Del Hombre-Dios que en adorarle aciertas:
Por tí mi pecho en el error no jime,
Y ve las puertas de la gloria abiertas:
Por tí la duda al corazon no oprime,
Y mira de la fé las cosas ciertas:
Huyamos, pues, á donde el bien te halague,
Y donde tierno tu piedad te pague.

Aquí á la hoguera bárbara destinan
Al que el camino de Jesus no tuerce:
Aquí el vil dolo y la maldad se acinan
Para oprimir al que en la fé se ejerce:
Aquí al que es justo y púdico asesinan
Hasta ver que en su sangre se retuerce:
¡Ay! quedarnos aquí fuera delirio:
Fuera pedir el hórrido martirio.

—Yo lo anhelaba ya: mil y mil veces
Procuré por mi Dios dar la existencia;
Y hoy que escuchó mis fervorosas preces,
Debo alabar su paternal clemencia:
Las del martirio dolorosas heces
Nos conducen de Dios á la presencia:
Feliz yo, pues, si por Jesus perezco,
Y aquí mi sangre por su sangre ofrezco.

Si nuestras almas que el Señor las une
Y al lazo santo de la fé las ata,
El mundo atroz con su furor desune,
Y el vil verdugo sin piedad desata,
Allá en el cielo donde Dios reúne
A todo aquel que de servirle trata,
Irán las nuestras á juntarse tiernas
Para gozar de dichas sempiternas."—

Así Anastasia su opinion espuso,
A dar la vida por el Cristo pronta,
Cuando silencio á sus palabras puso
Del pueblo el grito que hasta allí remonta:
Atónito Jacob quedó y confuso;
Mas al saber lo que es, en furia monta,
Y á uno al mirarle entrar á la ancha estancia,
Le preguntó con fuego y arrogancia.

—¿A qué entrais hasta aquí, fiero vasallo,
Faltando á vuestro príncipe al respeto?....
—Yo cumplo con la ley, señor, y callo:
Mirad, si á bien teneis, este decreto:
Al servicio del rey réplica no hallo:
Me mandó que llegara con secreto,
Y que á esta jóven, sin que á vos ofenda,
Al punto mismo sin piedad la prenda.

—Yo me opongo á esa ley que es revocable
Porque es injusta y porque al cielo ofende:
Salid al punto y vuestra lengua no hable
Si la existencia conservar pretende:
Salid, ó al filo de mi corbo sable,
Si vuestro orgullo mi furor enciende,
Vereis rodar vuestra cabeza altiva
Roja en la sangre que circula activa.

—Jacob, dijo Anastasia: á la obediencia
De vuestro rey faltar es un delito:
Limpia y tranquila tengo la conciencia,
Y serviré, si muero, al Infinito:
Yo le ofrezco desde ahora mi existencia:
Sufre y sofoca del amor el grito:
Y diciendo "salgamos" siguió al hombre
Que fué por ella de su rey en nombre.